



Eugène Gigout

EN "BELLAS ARTES"



EL CONCIERTO DE GIGOUT

(15 Enero 1899)

Como se había previsto fundadamente, el teatro de Bellas Artes estaba brillantísimo, ocupando las localidades cuantas familias distinguidas hay en San Sebastián y cuantos aficionados concurren á estas solemnidades. De los pueblos de ésta provincia y aun de los de las próximas vinieron también, atraídos por la fama de Gigout, muchos músicos.

Nadie vió defraudadas sus esperanzas. La solemnidad musical fué de las que dejan gratos é imperecederos recuerdos. Nada se ha exagerado al ponderar los méritos de Gigout, cuyo dominio sobre el órgano es verdaderamente asombroso.

Diríase al oír la seguridad y la limpieza de las notas que arranca al órgano, aun en aquellos registros en que por la naturaleza de la sonoridad (en la trompetería, por ejemplo) requieren una ejecución acabada, perfecta, porque el menor defecto ó la más insignificante inseguridad, resaltan notablemente; diríase, repetimos; que es la mecánica y no la mano de un hombre, la que produce aquella labor tan acabada, tan pulimentada, si cabe la expresión.

Aparte de éste mérito, es el mayor á nuestro juicio, el manejo de la expresión, alma del órgano, y vida y calor de toda obra en él ejecutada. Así en las obras que tocó sólo en la segunda parte, como en el allegro final del hermoso concierto de Haendel, unió á la pureza de

dicción un gusto tan acabado en la expresión, que el auditorio, subyugado por tanta brillantez, hubo de interrumpirle con aplausos de entusiasmo. Las tiernísimas melodías brotaban purísimas del órgano y sonaban tan pronto majestuosas é imponentes, como apagadas y lejanas, pareciendo que del cielo venían y al cielo volvían en misteriosas ráfagas de aire embriagador.

La primera parte fué de órgano y piano. Gigout y Leo de Silka tocaron un allegro molto y un scherzo de Saint-Saens y un prelude en fuga y variaciones de Franck. De hermosa estructura las dos primeras, y dignas del genio de su autor.

El *scherzo* especialmente de una elegancia suprema y la combinación de los dos instrumentos resultó de un efecto grandioso.

Gigout, que ya al presentarse en escena fué saludado con una salva de aplausos, recibió una ovación al terminar cada uno de los dos tiempos.

El prelude y la fuga variación de César Franck tuvo que repetirla entre atronadores aplausos. Es obra que por su delicadeza se presta á ser bordada por un artista como Gigout en un órgano de los recursos del de Bellas Artes.

Grande, prodigiosa, fué la labor de Gigout, pero ¡por qué ocultarse, si él es el primero en reconocerlo! la de Leo de Silka fué también imponderable. ¡Cuidado que es difícil unir dos instrumentos como el órgano y el piano! Y la unión, mejor diríamos, la compenetración fué perfecta. En el *scherzo* de Saint-Saens, como en la fuga de Franck nada pudo pedir el más exigente. Unidad, pureza, colorido, todo lo tuvieron ambas obras, al final de las cuales aplaudió el auditorio con irresistible entusiasmo.

La segunda parte fué de órgano solo. Tocó primero Gigout un coral-minueto de brillante corte y una plegaria muy hermosa de Boëllmann.

Siguieron tres lindísimos tiempos del propio Gigout. La comunión es una melodía llena de unción mística que embelesa. El *scherzo*, de gran ejecución, y de factura elegante, revela por su desarrollo al compositor de altos vuelos.

La tocata es un juguete precioso en el cual un tema tierno, infantil, es manejado con gracia que cautiva por su ingenuidad.

La *pièce en forme de canon* de Schumann fué repetida. No se concibe nada más sencillo y al propio tiempo más ideal.

La *fanfare* de Lemmens proporcionó otro triunfo al organista parisién, que probó que para él no existen dificultades en el órgano y que todos sus secretos responden sumisos al conjuro de sus dedos prodigiosos.

Rezaba el programa después de éstos números una improvisación, para la cual se le dieron á Gigout dos aires bascongados populares: el *Uso zuriyaren kantak* y el *Nagusiya eta morroya*, con los cuales después de iniciarlos hizo un verdadero monumento artístico, en el cual, fuera de una lozana inspiración y de un pleno dominio de todos los registros y tonalidades del hermoso instrumento, fué lo más notable que ni por un momento las frases que sirvieron de base á la improvisación perdieran su carácter bascongado.

En este número se mostró Gigout organista de cuerpo entero, con personalidad propia, con inspiración genial, con conocimiento pleno de todos los efectos del órgano y de todos los recursos de la ciencia musical.

La ovación fué estruendosa, imponente y merecida.

Finalizó la segunda parte con una tocata de Bach con solo de pedales, maravillosa labor en la cual Gigout mostró su maestría de ejecución y la igualdad de su mecanismo lo mismo en los teclados altos que en el *pedalier*; trabajo colosal que valió al eximio artista una nueva y calurosa ovación.

La tercera parte comenzó con cuatro «*pièces breves*», como las titula su autor (Boëllmann) para instrumentos de cuerda; páginas sencillas, de tierna poesía, que resultaron muy bien interpretadas por los profesores dirigidos por el maestro Larrocha.

Siguió el concierto en *re* de Haendel, de esa grandiosidad característica del gran maestro. Para muchos era cosa nueva oír un «*allegro*» de Haendel, y ¡qué *allegro*! Un candoroso canto que iniciado por la orquesta repite el órgano, primero en óboe y después en flautado, tan pronto majestuoso y sonoro, como lejano é ideal, con una profusión de notas de una limpidez cristalina, que solo las manos de un Gigout pueden arrancar, remedando imaginarios cantos celestiales.

La ejecución de éste hermosísimo tiempo fué interrumpida con calurosos bravos y aplausos del público, fascinado por aquella pureza imponderable de dicción.

El «*allegro*» fué repetido después de aparecer dos ó tres veces triunfante en la escena el insigne organista.

La *Sarabanda* para órgano solo le valió otro triunfo, así como el «allegro» final, digna coronación de obra tan eminentemente clásica y bella.

Cerró el concierto el célebre y siempre hermosísimo largo religioso del mismo autor, la manifestación más elocuente que en música pueda existir de la grandiosidad en la sencillez.

Admirable el organista, admirable la orquesta; fué el «largo» de Haendel la coronación más digna de ésta solemnidad musical, que hará época en las crónicas artísticas de San Sebastián.

Ese concierto no añadirá ningún laurel á la gloriosa historia de Gigout, pero constituirá para él un gratisimo testimonio de la cultura de éste pueblo que ha sabido rendir justo tributo de admiración á su genio musical y á su fama merecida.

Es también un triunfo para la sociedad de Bellas Artes, porque en la velada hubo verdadero entusiasmo que caldeó la atmósfera y forjó aquellas tempestades de aplausos que estallaron imponentes y espontáneas. Testimonió los progresos alcanzados por la orquesta bajo la inteligentísima dirección del maestro Larrocha. Y proclamó las bondades de la adquisición hecha por la Sociedad, del órgano de la casa «Puget et fils», á cuyos notables constructores felicitó Gigout y felicitaron con verdadera fruición cuantos pudieron apreciar lo acabado del instrumento que han instalado en Bellas Artes para honra de la casa de que son fundadores.

El público salió, pues, satisfechísimo del concierto, y más satisfechos pueden estar aún Mr. Gigout, porque aquel ha sabido hacer justicia á su fundadísima reputación, y la Sociedad de Bellas Artes que ha logrado realizar un acto de una trascendencia artística que pone muy elevado su nombre y el de ésta ciudad.

ANGEL M.^a CASTELL.

